

De la cultura como organismo vivo

Alejandra Gómez Medina

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0003-1988-6705

COMPRENDER EL DESARROLLO DE LAS CULTURAS a partir de una analogía fisiológica, en que la historia resulta semejante a la de un organismo vivo, implica tanto la continuidad como la desaparición del cuerpo social. Si bien se trata de un ciclo vital que experimenta un principio y un fin, no hay una barrera estricta entre uno y otro. Es decir, tras la cúspide de la civilización, deviene una nueva barbarie y este retornar o consiste en repetir el ciclo sobre los cimientos del anterior o, simplemente, en el final. La primera narrativa sugiere una perspectiva positiva en el sentido de que el proceso vuelve a generarse y corresponde a la expuesta por Giambattista Vico en su *Ciencia nueva*; la segunda, refiere una postura más pesimista, pues la vuelta a la barbarie anuncia la muerte, como señala Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*. Sin embargo, en ambas, el periodo de vejez no representa el momento de madurez del organismo, sino su degradación; de ahí que el exceso de civilización anuncie la caída.

Para Vico, sin importar la particularidad de los acontecimientos, el proceso biológico de una nación consiste en tres etapas: la divina, la heroica y la de los hombres. La primera corresponde a la infancia, un tiempo en que toda acción e imaginación está vinculada con la divinidad y en el que cada descubrimiento pretende satisfacer una necesidad; la segunda es la edad de la juventud, en la que tiene lugar el orgullo; y finalmente, con la razón, el organismo alcanza su vejez. Ahora bien, dentro de esta analogía fisiológica, la enfermedad resulta una buena metáfora para explicar la vanidad de la razón y, por lo tanto, la degradación de la civilización. En otras palabras, cuando la comodidad sustituye a la necesidad, emerge una nueva barbarie, la barbarie de la reflexión, caracterizada por la dependencia a los lujos y por el reinado de un falso ingenio o, mejor dicho, de un exceso de razón en que la imaginación pierde terreno. En este sentido,



la descomposición del organismo comienza cuando los individuos que lo conforman se concentran únicamente en sí mismos y, entonces, la soledad y el olvido se generalizan. Independientes, las células dejan de liberar energía e, irremediablemente, el cuerpo inicia un proceso de deterioro que concluye en su desintegración. Sin embargo, aunque se trata de procesos individuales, en conjunto la historia de cada nación es trasunto de una historia ideal y eterna, por lo que el final solo tendrá lugar cuando la Providencia Divina así lo dicte. Y, en consecuencia, tras cada curso deviene un recurso que, a su vez, da origen a otro curso, es decir, a un nuevo ciclo histórico.

De igual forma, Spengler comprende la historia como la sucesión de procesos cíclicos o, más bien, de ciclos vitales de macroorganismos constituidos por seres que comparten una misma alma. La afinidad en las diversas manifestaciones de su vida, es decir, en la política, la religión, el arte y la ciencia, da lugar a distintas culturas independientes unas de otras. Así como el desarrollo de los organismos que las conforman, sus cuerpos experimentan un inicio y un fin tras atravesar cuatro etapas: la niñez, la juventud, la madurez y la vejez. Durante la infancia habitan la esperanza y los ensueños; después, en las edades de la juventud y la madurez, el organismo se desarrolla hasta alcanzar momentos de perfección; finalmente, en la senectud se registra un retorno

a los estadios primitivos. La fuerza decae y, aunque emerge la añoranza por el tiempo pasado, no puede evitarse el nacimiento de la civilización. Se trata de la estructura ideal de toda cultura, pero el cumplimiento de su término está sujeto a la realización de sus posibilidades y su consumación consiste en el anquilosamiento, tras el cual deviene la muerte. Al agotarse las fuerzas de la cultura, se abandona la lucha por los ideales y, entonces, el cuerpo se transforma en un gigantesco cadáver. Se trata de la inevitable decadencia de toda cultura.

Al igual que en cualquier otro organismo vivo, la muerte de una cultura no se limita a un proceso interno, sino que también resulta visible desde el exterior. Por ello, en la analogía de la construcción de las ciudades como la representación de los cuerpos de las culturas urbanas —recuérdese que en Spengler toda gran cultura es, primordialmente, de carácter urbano—, la decadencia se percibe en el amontonamiento inorgánico de casas que se expanden por todas direcciones y que no logran distinguirse unas de otras entre kilómetros de asfalto. Todo se disuelve en una masa informe carente de alma, pues frente al valor orgánico de la cultura, la civilización es estéril y sus posibilidades únicamente expansivas. Entonces, la rigidez se convierte en cualidad del organismo. Al extinguirse la fuerza creadora del alma colectiva, la comodidad y el lujo desplazan el interés por la necesidad, la



inteligencia deja atrás a la experiencia y la ciencia sustituye a toda religión. Por lo tanto, así como en la *Ciencia nueva* de Vico, la vanidad de la razón representa un retorno a la barbarie, pero en Spengler no está presente la concepción inacabable, es decir, tras el exceso no surge un recurso que de pie a un nuevo curso.

En el intento por ejemplificar el ciclo vital de toda cultura, Spengler también recurre a las estaciones del año en analogía a las etapas de desarrollo de un ser vivo. La primavera, el verano, el otoño y el invierno representan el arco temporal en que una cultura nace y muere. Y, al ser la historia algo vivo, la causalidad no es el principio por el que se rige, en su lugar impera una ley interna que permite la realización de las diversas posibilidades del organismo. En otras palabras, no concibe la historia como una simple sucesión de hechos, sino como un conjunto de culturas particulares, de ciclos vitales, que coexisten o tienen lugar una después de otra. De ahí que sostenga que las culturas son organismos y la historia universal una especie de biografía en que impera una forma interna. Se trata, hasta cierto punto, de “la naturaleza común de las naciones” que plantea Vico. Aunque correlato de una historia ideal y eterna, cada ciclo de curso y recurso comprende edades sucesivas en que toda nación surge, progresa y muere. Y esta última etapa, llámese barbarie de la reflexión, decadencia o edad invernal, inevitablemente con-

siste en la degradación del organismo y en el predominio de escepticismo y materialismo. Por ello, en su *Ciencia nueva* Vico sostiene que en el transcurso del desarrollo biológico de todo individuo y, por lo tanto, de toda nación, primero surge la necesidad, después la búsqueda de lo útil, pero no tarda en advertirse la comodidad que se transforma en un continuo deleite del placer y, finalmente, deviene tanto la entrega a lujos innecesarios como el desperdicio de bienes.

La concepción de la historia como un sucederse de periodos vitales aparece con Vico a principios del siglo XVIII; después, por más de dos siglos, domina en el pensamiento una idea rectilínea de los hechos y, aunque en las páginas de *La decadencia de Occidente* no reconoce una posible influencia, con Spengler la historia vuelve a ser cíclica y orgánica. En Vico, la estructura de la historia universal —trasunto de una ideal— consiste en la eterna repetición de cursos y recursos que sólo la Providencia puede interrumpir. Al no tratarse de cursos constantes, sino de ciclos compuestos por tres edades continuas, se ha leído en la *Ciencia nueva* la ausencia de un progreso, es decir, como si cada fase histórica consistiera en un movimiento ilusorio. Sin embargo, paradójicamente, en la repetición de cursos y recursos sujetos al paso del tiempo también se ha visto la existencia de un progreso en forma de espiral, pues el retorno siempre parte de los cimien-



tos del periodo anterior. En cambio, Spengler concibe la historia universal como el conjunto de los procesos históricos que viven las diversas culturas. Y la ley interna que rige no radica en una Providencia Divina, sino en un impulso vital que dirige el acontecer de cada organismo vivo hacia la realización de sus posibili-

dades. Aunque en ambas estructuras orgánicas el exceso de civilización resulta causante de la corrupción del individuo, en los ciclos de Vico, el retornar a la barbarie implica una nueva continuidad, mientras que en Spengler, el fin de un ciclo significa el término de una cultura.



Rocío Sáenz, *Rubra I*, 2024, (detalle).

